



Región de Tarapacá

CÓMO NACE NUESTRO ESCUDO

Antonia Montserrat Varela Carvajal

Hace casi 200 años atrás, cuando no había ni autos ni celulares y la vida se trataba de cosas simples y bellas, un cóndor que volaba por las alturas de la cordillera de los Andes se detuvo en su cueva para observar el mundo y ver su encanto.

Era un ave majestuosa y que resaltaba entre los suyos por ser poseedora de grandes alas negras y un esponjoso cuello blanco. Le gustaba la soledad, pero al caer la noche regresaba con su bandada y escuchaba a sus hermanos relatar historias de vuelos en picada y de cómo cazaban algún animalito como cena. Ellos habían encontrado pareja y sus preocupaciones eran sus polluelos. No así el gran cóndor, que solo pensaba en lo inmenso del mundo y el poco tiempo que tenía cada día para recorrerlo.

—Necesitas comer más —le dijo uno de sus hermanos—. Mírate, tan grande y tan delgado... tus huesos saldrán de entre tus plumas. Debes cazar. No basta con la carroña para ti. Tendrás que ir por pequeños animales si no quieres morir y si pretendes seguir volando cada día.

Estas palabras de su hermano fueron las que más calaron hondo en él. Se cansaba al volar y debía ser la falta de comida, porque era cierto, estaba delgado. Se preocupaba tanto de volar y observarlo todo, que olvidaba comer. ¿Cómo podía perder tiempo comiendo cuando había tanta belleza rodeándolo todo?

—No te preocupes, hermano. Mañana mismo lo haré. Pondré en práctica todo lo que he aprendido de tus relatos y comeré.

La siguiente mañana, el gran cóndor voló casi a ras del suelo buscando algún pequeño animalito para comer: alguna vizcacha o alguna chinchilla. De pronto, entre la maleza vio a un pequeño animal de pelaje corto y pequeñas orejas. Parecía un perro, pero no lo era. Voló en círculos sobre su presa y se lanzó en picada con sus garras listas para atraparlo. Cuando estaba a centímetros, se dio cuenta que el animal lo miraba con lastimosos y resignados ojos y no tuvo corazón para matarlo.

—Lo siento, no quise asustarte. Soy un cóndor y debo alimentarme. Lo entiendes, ¿no?

—Sí, lo entiendo. Mi familia me explicó que algunos de nosotros nacemos para cazar y otros para ser cazados. Yo soy una huemul y sé que soy una presa.

La voz de aquella criatura sonaba amable y el cóndor no quería hacerle daño.

—No soy un asesino, pero debo comer.

La huemul pensó un momento y le propuso una idea a la gran ave:

—Tú no quieres matar y yo no quiero morir. Sin embargo, hay muchos animales que han llegado al fin de su existencia. Yo soy amiga del viento y de la tierra. Yo te podría decir dónde encontrarlos y así no los matarás, solo ayudarás a darles un descanso.

El cóndor se sintió comprendido, por primera vez. Él quería volar y no destruir. Ahora podría comer sin lastimar a nadie. Desde ese día, el cóndor bajaba cada día al prado donde lo esperaba su nueva amiga. Ella apoyaba su oreja en la tierra y le daba las noticias a su alado amigo. Así pasaban los días y pronto esta amistad se fortaleció.

La huemul le contó que sus hermanos habían muerto por culpa de los humanos que, junto a sus perros, los cazaban para comerlos o solo por diversión. El gran cóndor no supo qué decir, pero al sentir la tristeza en la voz de su amiga, le prometió que él siempre la protegería y no dejaría que nada malo le sucediera.

La huemul, al escuchar estas palabras, comenzó a dar brincos de alegría alrededor del cóndor y este, contagiado por su felicidad, reaccionó de la misma forma. Parecía que danzaban.

Muy cerca del lugar, un joven niño veía incrédulo la extraña imagen de estos animales: uno alado y una menuda cierva de pelaje dorado. Sacó desde un bolso un lápiz y una hoja y los retrató.

El niño regresó a casa y mostró a todo el mundo su dibujo que con el pasar de los años fue exhibido y escogido como la imagen que representaría a nuestro país en el escudo nacional, mostrando así la bravura y fuerza del cóndor y, por otro lado, la gracia y elegancia del huemul.

El tiempo pasó y ambos animalitos envejecieron y cuando llegó el momento en que la huemul durmiera para siempre, su amigo cóndor la tomó entre sus garras y la llevó a volar con él. Quería mostrarle la hermosura del mundo desde el cielo. El corazón de la pequeña cierva no podía más de felicidad y dio un último respiro para despedirse de su fiel compañero besando las plumas de sus patas. Él la sepultó cerca de una montaña para que no se sintiera jamás sola. Luego, voló muy alto, hasta que desapareció para siempre entre las nubes.

Antonia Montserrat Varela Carvajal
11 años
Alto Hospicio
Segundo lugar regional